

10.º domingo ordinario B

*Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor. (Sal 129,5)*



Primera lectura

Génesis 3,9-15

Después que Adán comió del árbol, el Señor Dios lo llamó: – ¿Dónde estás?

El contestó: – Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, porque estaba desnudo, y me escondí.

El Señor le replicó: – ¿Quién te informó de que estabas desnudo?, ¿es que has comido del árbol del que te prohibí comer?

Adán respondió: – La mujer que me diste como compañera me ofreció del fruto y comí.

El Señor Dios dijo a la mujer: – ¿Qué es lo que has hecho?

Ella respondió: – La serpiente me engañó y comí.

El Señor Dios dijo a la serpiente: – Por haber hecho eso, serás maldita entre todo el ganado y todas las fieras del campo; te arrastrarás sobre el vientre y comerás polvo toda tu vida; establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la suya; ella te herirá en la cabeza cuando tú la hieras en el talón.

Segunda lectura

2 Corintios 4,13 – 5,1

Hermanos y hermanas: Teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: "Creí, por eso hablé", también nosotros creemos y por eso hablamos; sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también con Jesús nos resucitará y nos hará estar con vosotros. Todo es para vuestro bien.

Cuanto más reciban la gracia, mayor será el agradecimiento, para gloria de Dios.

Por eso no nos desanimamos. Aunque nuestra condición física se vaya deshaciendo, nuestro interior se renueva día a día. Y una tribulación pasajera y liviana produce un inmenso e

incalculable tesoro de gloria. No nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve. Lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno. Aunque se desmorone la morada terrestre en que acampamos, sabemos que Dios nos dará una casa eterna en el cielo, no construida por hombres.

Evangelio

Marcos 3,20-35

En aquel tiempo volvió Jesús a casa, y se juntó tanta gente, que no los dejaban ni comer.

Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque decían que no estaba en sus cabales.

Unos letrados de Jerusalén decían: – Tiene dentro a Belzebú y expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios.

El los invitó a acercarse y les puso estas comparaciones: – ¿Cómo va a echar Satanás a Satanás? Un reino en guerra civil no puede subsistir; una familia dividida no puede subsistir. Si Satanás se rebela contra sí mismo, para hacerse la guerra, no puede subsistir, está perdido. Nadie puede meterse en casa de un hombre forzado para arramblar con su ajuar, si primero no lo ata; entonces podrá arramblar con la casa. Creedme, todo se les podrá perdonar a los hombres: los pecados y cualquier blasfemia que digan; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás, cargará con su pecado para siempre.

Se refería a los que decían que tenía dentro un espíritu inmundo.

Llegaron su madre y sus hermanos, y desde fuera lo mandaron llamar.

La gente que tenía sentada alrededor le dijo: – Mira, tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan.

Les contestó: – ¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?

Y paseando la mirada por el corro, dijo: – Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

Meditación

El principio de esta sección, a propósito de la perplejidad de los "suyos", que creen que está loco, será reanudado inmediatamente. Lo primero que destaca el evangelista es que se trata de "escribas llegados de Jerusalén". Parece lo más probable que las autoridades religiosas de la capital, alarmadas por ciertas noticias provenientes de Galilea, habían enviado algunos escribas para hacer a Jesús un proceso regular.

El "tribunal" jerosolimitano no tarda en hacer pública su sentencia: Jesús arroja los demonios, porque está "de acuerdo con el príncipe de los demonios". Dejemos a un lado el problema de la existencia de los demonios. Jesús intenta contestar sabiamente oponiendo a los escribas un argumento "ad hominem": si Satanás arroja a Satanás, se trata entonces de una guerra civil y, por lo tanto, su reino está amenazado. No habría, pues, por qué preocuparse de ello. Todo esto contiene una profunda ironía.

Pasando al contraataque, Jesús acusa duramente a sus acusadores. La "sentencia" del tribunal implicaba en los "jueces" una mala voluntad manifiesta: querían cerrar los ojos a la luz. Por eso Jesús distingue dos clases de pecado: "contra el hijo del hombre" y "contra el Espíritu Santo". El primer tipo se refiere a los pecados que son retenidos como tales, mientras que el segundo se refiere a aquellas acciones que, siendo en sí pecaminosas, vienen presentadas bajo el disfraz de virtud. Por eso, estas últimas no obtendrán nunca perdón, ya que la primera condición para ser perdonado es sencillamente reconocer que se ha pecado. En definitiva, es una fuerte diatriba contra el fariseísmo, que será siempre un pecado típicamente eclesial. ¡Cuántas veces los jerarcas de la Iglesia ocultan sus pecados históricos disfrazándolos de urgente necesidad e incluso de heroísmo oculto! Lo que más escandaliza a los fieles no es que los responsables de las iglesias pequen, sino que disfracen sus pecados bajo el manto de absurdas e inexistentes virtudes.

El Reino que Cristo instaura, a base de obediencia y de amor, está siempre en lucha con el otro reino de lo prometeico que se busca y que se ensalza a sí mismo. Esta hostilidad de los dos reinos se le ha pronosticado desde el comienzo al hombre. Deberá este "no desanimarse, renovando día a día su actitud interior."